

*Biografías
del Cinema*



Editorial *Alas*

ANTONIO VICO

Precio **1'25** pesetas.



FUNDADOR Y DIRECTOR
RAMÓN SALA VERDAGUER
BARCELONA

BIOGRAFIAS DEL CINEMA

APARTADO 707 — TELEFONO 79557

CENTRO DE REPARTO: C/AD. GIBAL ESPANOLA - BARBARA, 14-16 - BARCELONA

AÑO II

NÚM. 7

ANTONIO VICO

Interesante biografía, interviú y anécdotas del celebrado artista de recio abolengo, gloria de la escena nacional y eminente artista de la pantalla :: Ilustraciones de sus principales creaciones cinematográficas.

IMPRENTA COMERCIAL
Calle de Valencia, 234
BARCELONA



NUESTRO TEATRO

NÚMEROS PUBLICADOS

Precio: 1'50 ptas.

LOS INTERESES CREADOS

J. Benavente

LA TABERNERA DEL PUERTO

F. Romero y G. Fernández Shaw

MARÍA DE LA O

Rafael de León

LUISA FERNANDA

F. Romero y G. Fernández Shaw

ROMANCE DE LOLA MONTES

L. F. Ardavin

EL DIFUNTO ES UN VIVO

Prada e Iquino

LOS CLAVELES

Carroño y Sevilla

MORENA CLARA

Quintero y Guillén

LA DEL MANOJO DE ROSAS

Ramos de Castro y A. Carroño

LA MALQUERIDA

J. Benavente

SOL Y SOMBRA

Quintero y Guillén

SOR MERCEDES

F. Pérez Capo

MOLINOS DE VIENTO

L. Pascual Frutos

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

ANTONITO

Para que una biografía responda fielmente a las características del biografiado y no sea una narración que huya deliberadamente de ellas, el que la escribe, si quiere ser sincero con él, no debe ocultar nada de cuanto se refiera a su vida pública del conocimiento del lector, y si el biografiado, como en este caso, es un artista, contar cómo empezó a desenvolverse en su arte, ya que importa mucho y es muy necesario, y hasta interesante, no ocultarlo.

Por lo tanto, ¿cómo al biografiar a Antonio Vico voy a convencer haciendo creer que no luchó? ¿Cómo voy a ocultar que siendo actor de cine no pasó por el aprendizaje teatral, si todos los actores españoles dedicados al séptimo arte, que ahora priva, empezaron así?

Naturalmente que su labor teatral no nos importa. Vamos a biografiar al cineasta. Pero, ¿qué biografía será fiel si hurta a los lectores un poco de los principios del actor, su afán por darse a conocer, sabiendo, teniendo el convencimiento íntimo que vale?

Antonio Vico: ¿Verdad que usted no se molesta? Tardes atrás, hablando con usted en su cuarto del escenario de

«Comedia», en aquel cuarto donde ya no había lugar para más trajes, ni para más pares de zapatos —¡y qué trajes y qué zapatos, lector mío!—, con el tocador sobre el cual no había que echar nada de menos ni poner, con una radio que es un lindo juguete de audiciones, con una máquina de escribir que puede meterse en el bolsillo, y que debe costar un dineral; en aquel ambiente de comediante que todo lo posee, que todo lo ha ganado con su arte, suyo, personal, me acordaba de aquel lejano tiempo, cuando usted era injustamente preterido en el Teatro Poliorama y ningún actor de aquella Compañía valía lo que usted.

Un cuarto de hora más. El portero que llama otra vez. Un individuo que aparece por la puerta que conduce al escenario y me dice, haciendo un alarde de la incorrección más absoluta.

—Baje usted, pero en este momento está escribiendo.

Esto no se lo había dicho Antonio Vico. El eminente actor está sobradamente educado para comportarse de modo. La frase corresponde exclusivamente a la idiosincrasia del sujeto encargado de llamarme, quien, **saliéndose del tiesto**, me tomó, abrogándose licencias que no le concedían, por uno que le iba a importunar.

Salvadas, pues, las órdenes, tuve aún, ya en el escenario, que hacer más declaraciones y, como siempre en estos casos, al hallarme delante del amigo, pensé que todo aquello había sucedido por exceso de servilismo y rastrería.

Estaba, en efecto, Antonio Vico escribiendo a la máquina que antes mencionaba. Se levantó rápidamente.

—¡Cuántos años!...

—Sí, muchos, Antoñito.

Para mí, que le conocí siendo un chavea, seguía siendo aquel... sin serlo ya. Seguía siéndolo, fuera de su fama, de su nombre, que atrae a las muchachas envenenadas por el cine; de sus éxitos, que le han elevado a un primer puesto entre los actores del Cinema.

—¿Me encuentra usted mucho más viejo?

—No... No tanto. Y si eso dice usted, ¿qué dire yo?

Porque hacía un puñado de años que estábamos sin vernos. ¿Por qué? El había venido a Barcelona, en Barcelona estaba yo, y no puedo decir qué razón ha existido para ello. Sin embargo, creo que el paso de los años no se ha cedido en él. Se conserva. Posee —y Dios se la conserve— una de esas naturalezas prodigiosas, inalterables y magníficas que no avanzan bajo el peso del tiempo que transcurre. En realidad, es hombre cuya edad es una incógnita.

—Tengo ya dos hijos.

«Ya». Lo dice para convencerme que también el tiempo pasa para él y que la juventud le va dejando.

Abre un paréntesis. La escena le reclama. Y, mientras vuelve, me pongo a charlar con su criado, un colombiano que me habla de Madrid en unos términos que no me pueden sonar con más agrado. Recordándolo, sus ojos oscuros y brillantes, se alegran de improviso y su faz se llena de una sonrisa evocadora.

—¡Madrid! —repite, dejando volar su imaginación a tiempo que suspira—. ¡Cómo «se pega»!...

Yo le hago ver que también «se pega» Barcelona, y que se lo certifica un madrileño. Y en tanto que mi biografiado encanta al público con el donaire y la buena escuela de su arte, heredada y mejorada en muchos casos —yo no tuve la

suerte de admirarle— de la escuela del otro Antonio Vico, su abuelo y propulsor de un apellido de comediantes españoles que él inició brillantemente, voy diciendo al criado cómo y por qué también «se pega» Barcelona. Y él me oye convencido de las virtudes catalanas que le cuento, del claro sentido de la vida que se respira aquí.

El acto ha terminado. Distintamente a lo que ocurre en otros escenarios cuando cae el telón, en el de «Comedias» no se siente nada. Tixio allí es delicado y elegante, como las comedias que se dan; todo tiene un «cacheto» de sala aristocrática, donde los ruidos se amortiguan y la voz es un susurro y el actor parece un visitante.

Así, silenciosamente, vuelve Antonio Vico, y cierra la puerta tras de él. No ha hecho más que entrar y suenan dos golpecitos en la puerta.

—Entra.

Y entra un niño; el hijo del actor. El pequeño me hace una inclinación y me tiende su mano, que yo estrecho.

—Es el menor. El otro está en Madrid.

El muchacho, que puede contar unos nueve años, hace otra reverencia muy graciosa y se va, dejándome solo con su padre. El momento de dar cumplimiento a mi misión se ha presentado y le abordo, aprovechando que nadie nos molesta.

—Bueno, Antoñito, ha llegado la hora de que me cuente usted algo de su vida.

—¿De mi vida? ¿Y qué puede haber en mi vida desconocido para usted?

Bastantes cosas. Hay varios años de por medio que

nos hemos visto. Seguramente más que los que puede contar su hijo de usted.

—Bueno, pero, ¿se trata?

—Editorial «Alas» me encarga su biografía como actor de cine.

—¡Ah!

—Y es preciso, amigo mío, someterse.

—¿Y creen ustedes que mi biografía puede interesar?

—Bromas, no, Antoñito, que vengo en plan muy serio.

—Y en serio le hablo yo.

—Y en serio yo le digo que si su biografía no es interesante, ¿cuál puede interesar a los devotos del Cinema? Nada, nada; aquí no hay discusión. Quiero tomar notas. Yo callaré y usted empieza a hablar. ¿Por dónde empezaremos?

—Yo que sé. Si viera usted que a mí me es tan difícil... A mí déme usted un papel que tenga mucha onjundia, y ya verá. Pero pedirme que hable porque sí y diga cosas de mí mismo... Vamos... eso que se le quite a usted de la cabeza.

—Yo le ayudaré.

—Quién sabe, entonces. Sinceramente—agrega, después de ofrecirme un cigarrillo—, estas entrevistas han constituido para mí algo gordo. Y —también en serio— no es que yo quiera decir que esté falto de aquella dialéctica que se usa en estos casos...

—De eso ni hablar.

—Pero es que para usarla no se me ocurre nada que decir. ¡Y mire que el Cine es tema propicio para hablar!...

—Ya sabía yo.

—Y a pesar de ello no sé tomar la iniciativa.

—Yo la tomaré.

Un golpe en la puerta.

—Señor Vico, voy a empezar el tercer acto.

El segundo apunte viene a interrumpirnos cuando yo, cuartillas y pluma preparadas, iba a entrar en acción.

¡Por vida de!...

—Perdóneme un instante.

—No faltaba más.

Hacen «...y amargaba!» La burlan, va mejor. Don Jacinto ha echado el resto en la comedia, y ellos, los cuatro «ases» han puesto a contribución todo su talento en la composición de aquellas figuras de la obra, enormemente humanas.

Desde el cuarto se percibe el silencio de la sala, captando la belleza de aquellos parlamentos largos, pero sostenidos por pensamientos e ideas de una profundidad incomparables. Ese es don Jacinto. Sobre un teatro híbrido, con reminiscencias de estracén, como el que en la generalidad de los escenarios españoles se cultiva, él triunfa con el suyo, y él es, después de tantos años, el comediógrafo que se sostiene dignamente en un honrado plano inteligente.

Y sin claudicar; dando esos monólogos en una prosa limpia, haciendo que el actor diga su papel y llegue al espectador la sátira en toda su pureza y la frase ingeniosa ayuna de torpes malabarismos idiomáticos.

De rato en rato emerge de la sala un murmullo con que el espectador subraya una frase feliz. Y al caer el telón y la comedia ha terminado, todavía ese espectador encuéntrase fuera de la vida que cotidianamente lo rodea, olvidado de los problemas que le embargan, tal vez de la lucha en

que su existencia se debate; y todo por un puñado de belleza, hecha vida también, y vida cotidiana además, pero esmaltada de agudos pensamientos, de tal modo felices, que se ha emocionado sin comprenderlo, y aquellos problemas son los suyos.

Fuera de este teatro, incomparablemente, diametralmente superior al otro, al de astracán, ¿qué puede verse que merezca la pena de contarse?

La contestación es bien sencilla: Cine.

Cine, que sólo su dinamismo ya es bastante para que la imaginación se satisfaga. Pero es que también el Cine plantea problemas de hondas y vitales trascendencias; y eso va perdiendo un teatro huero que se sostiene sin decoro.

El actor, nuevamente a mi lado, da muestras de fatiga.

—¿Cansado?—le pregunto.

—Sí. Las comedias de don Jacinto siempre cansan. A don Jacinto hay que decirle, y decirle muy bien, para que no pierda el público nada de sus comedias. Sus personajes hablan de otro modo que los personajes de los demás autores. ¿No lo cree así?

—Lo que creo es que los demás son incapaces de hacerlos hablar como hace con sus personajes don Jacinto.

—Yo no he dicho tanto.

Pero lo piensa, que es lo mismo. Yo comprendo. En boca de un actor una declaración así sería muy expuesta, como si los comediantes españoles no tuvieran el derecho de opinión.

En esto, entra en el cuarto Manolo González, a quien Antonio Vico me presenta. Virtualmente la conversación

con el protagonista de «Currito de la Cruz» empieza a fracasar. El colombiano pregunta al actor qué quiere cenar.

—Si hay carne, carne. Lo demás, como siempre.

—Ah, ¿pero usted cena aquí?

—Sí; en el hotel sólo hago la comida. Nada... pues no teniendo ensayo, me levanto a las cuatro de la tarde, y nunca tengo gana.

Vaya vida, lector. ¡Qué diferente a la del actor de la pantalla! Una vida higiénica, al aire libre muchas veces, obligado a acostarse a una hora prudencial porque en el estudio se madruga.

No sé si Antonio Vico echará de menos aquella vida, a la que volverá seguramente. Pero créame a mí, es preferible cien veces a la que lleva en el teatro, en la que la salud tiene que resentirse ciertamente.

Cruzo algunas palabras más con los dos actores que son base de la Compañía del «Comedia», y me despido.

—¿Cuándo nos vemos otra vez?—Inquiera Vico.

—Yo le avisaré por medio de unas líneas. La biografía debe salir, la necesito cuanto antes.

—Yo estoy a sus órdenes.

—Ahora, que le ruego que cuando le comunique mi visita en esas líneas, que encargue a los porteros que le pasen aviso de que estoy.

—Perdone usted lo que ha pasado. Venga usted y pasará inmediatamente. ¿Quiere usted cenar conmigo?

—Muchas gracias.

Estrecho la mano de Manolo González, abrazo a Vico y abandono el escenario de «Comedia». El actor me acompaña a la escalera.

Son las nueve. La ciudad hace su nocturna colación. Algún rezagado —yo tal vez—, el paso apresurado, avanza en la penumbra de la noche. Los faros de un auto, rasgando la oscuridad en que la calle yace silenciosa, es un reguero de luz triangular...

UNA OPINIÓN PARTICULAR

Yo acostumbro visitar con gran frecuencia las librerías de ocasión. El libro cuesta caro. Por motivos que no es éste el momento ni el lugar de analizar, el buen libro, y desgraciadamente el malo, han adquirido precios fabulosos. En esta situación, y disponiendo de escaso numerario para emplearlo en las necesidades del espíritu, busco las obras que me interesan en lo viejo o en lo llamado impropioamente viejo.

Una de estas tardes estaba en uno de éstos mis establecimientos preferidos. Hablaba con el dueño, quien, conociendo mis gustos literarios, tiene la atención de reservarme algunas obras. Curioseaba los estantes. Hablábame de historia. Los libros, muchos de ellos acariciados ya, otros impolutos, aguardaban al desconocido comprador que volviese a gustar el alma de sus páginas o descubriese la virginidad de sus ideas. Porque los libros son como almas que nos esperan impacientes y al pasar se nos ofrecen sonriendo.

Entonces acertó a entrar un amigo del librero y empezamos a hablar de la cuestión candente que trae perturbada a una parte considerable de la generación de nuestros días.

Era un «extra». Había hecho algunos papeles en la filmación de algunos roles, y conocía por lo tanto a las primeras figuras del Cinema. Y hablando recayó la conversación sobre Antonio Vico y, como es natural, sobre su arte ante la cámara.

El «extra» alabó sus condiciones y su técnica con frases laudatorias, su buena dicción y la inteligencia con que interpreta los diferentes caracteres, dándoles tan asombrosa realidad.

—Pero hay un detalle—añadió haciendo un inciso repentino—que pinta que, además de ser un buen actor, es un compañero para los que llegan con el afán de su afición y no se han abierto un hueco todavía. Su ayuda cuando tiene una escena con nosotros. Créame usted que un detalle así, tan generoso y estimable, se ve muy pocas veces en esos actores que han llegado ya y su vanidad no les permite ni dirigirnos la palabra. Recuerdo que estándose rodando «Su hermano y él», un muchacho que a ciencia cierta se veía que era la primera vez que se situaba ante la cámara, estaba poseído de alguna violencia y su trabajo no daba rendimiento. El director tuvo que repetirle las frases que había de decir, temblábale la voz, la escena no acababa de tomarse y el tiempo pasaba fatigoso. Antonio Vico, comprensivo, sufría viendo al pobre muchacho que en vano luchaba por dominar sus nervios y encontrar el claro acento de voz. Y fué él quien con algunas palabras alentadoras y cordiales,

dichas por lo bajo, que todos percibimos, sacó al muchacho del apuro.

El librero y yo celebramos como se merecía aquella ayuda, elogiando al actor.

—Vico es un actor—interrumpí yo entonces—, un actor moderno de comedia y no un payaso. Esa es la cuestión. Si usted ha seguido su carrera en la pantalla lo habrá podido comprobar. Hasta en esos tipos desquiciados, sin humanidad, Vico tiene una prestancia tan distinta...

La conversación ha ido languideciendo poco a poco. La librería se llena de clientes. Una señorita bien portada, pero cursi, compra tres novelas de Rafael Pérez y Pérez. Sale y vuelve a entrar.

—¡Ah! ¿No tiene «Muñequita»?

—No; pero si usted quiere puedo proporcionársela mañana.

—Sí, guárdemela. Mañana volveré.

Y sale nuevamente.

Yo también me marché. Y en mis notas, cogido al azar de un desconocido, llevo para la biografía del artista un detalle más.

PUEDE USTED PASAR

He dejado pasar algunos días sin ver a Antonio Vico. Ocupado en el doblaje de películas, de lo que en algún momento se ha de hablar con más detenimiento, por ser cuestión que afecta directamente con el Cine: no pude acudir a su cuarto como hubiera sido mi deseo.

Tal vez creyó que su biografía estaba malograda. Nada de eso. Aquella ocupación ineludible alejóme circunstancialmente de mi intención, en la que debía reincidir, y la otra tarde, al filo de acabar la función, llegué al «Comedia».

Afortunadamente no tuve que esperar. Di mi nombre, e inmediatamente, comunicada al actor mi presencia, me dijo el portero, sin someterme a interrogatorios depresivos:

—Puede usted pasar.

Y me adentré hacia el escenario.

Como ustedes saben, había estado en él tardes pasadas; pero sucede que no llegando al escenario del «Comedia» por la sala, hacerlo por donde generalmente lo hace el que va de visitamente solamente, resulta un poco complicado. Hay que bajar unos peldaños; luego varias puertas se ofrecen como acceso al escenario, y que no son las que llevan a él; hay que encontrar otra escalera y, hallada por fin, el resto es más sencillo.

Yo soy un poco torpe en estos casos y creo que habrá

alguien que lo sea como yo. Y en esta busca de la escalera susodicha, perdí algunos minutos, los bastantes para que Vico se extrañase por lo que se retrasaba mi visita.

—Estaba preguntando por usted.

Conté lo sucedido, nos reímos y tomé asiento a su lado. Estaba el actor vestido de albornoz.

—¿Ya ha terminado?

—Sí, en esta obra tengo poco.

—¿Cuál es?

—«Manos de plata».

—Ya.

—Es de Serrano Anguita, me parece, ¿no?

—Sí, de Anguita.

Como al conjuro de su nombre, la figura de Anguita surgió en el marco de la puerta. Las presentaciones de rigor. El autor de «Manos de Plata» venía disgustado. Marcos Redondo, ese barítono ídolo del público barcelonés, y había-se tenido que suspender el estreno de una obra de Anguita anunciada en el «Coliseum» para la noche de ese día. Asimismo parece que Redondo no estaba conforme con que le hubiera escamoteado Sorozábal la romanza.

Pero, hombre, Sorozábal, ¿qué ha hecho usted?

Era romanza era imprescindible, necesaria; como si el barítono, por ejemplo, se hubiera dejado en casa el «do» y hubiera venido sin la nota que a usted le es tan precisa. Entonces, ¿qué diría usted?

Protestar.

—A ver, ¿dónde está el botones?

Y todos en su busca.

—Llégate a casa de don Marcos, y no te vengas sin el «do».

Pues es igual. Y no sólo Redondo. El público también. El público, que «chanela» de estas cosas, y terminada la función, exclamaría:

—Bueno, todo me ha gustado; pero no ha notado usted que falta en ella algo?

—¿Algo? Sí, realmente algo falta, pero no sólo que es.

—¡La romanza!

—Es verdad!...

—Es imperdonable!

—Un músico tan experimentado como el autor de «La del manojo de rosas», olvidarse de un número tan importante como ése...

Estoy seguro que esta escena se repetirá en parecidos términos a éste.

«¡Bien, Sorozábal, la romanza, la romanza, por Dios!»

Anguita se traslada al cuarto de Manolo González y se sienta. Ésta es la ocasión. Estamos Vico y yo solos en el cuarto. Son las siete y media. El actor no cenará hasta una hora después. Tenemos tiempo. Unas cuartillas en las que llevo algunas preguntas apuntadas.

—Vamos a ver.

—Yo no sé empezar. Usted pregunta, yo contesto...

—Si es sencillísimo—le animo—. Empezaremos por el final, rompiendo moldes rutinarios.

—¿Y se ha acabado ya?

—No... Si hay tela cortada.

Antonio dibuja un rasgo de espanto.

—¿Qué película tiene en preparación?



El insuperable actor

ANTONIO VICO

(Fotografía «Cifesa»)



Antonio Vico aparece sonriente ante el nuevo éxito que prevé, durante la filmación de EL MALVADO CARABEL, que protagonizó junto con Antoñita Colomé.

(Producción «Última»)



Con Guadalupe Muñoz Sampedro en una graciosa escena de
EL DIFUNTO ES UN VIVO (Producción «Cifesa»)



Una expresiva actitud de Antonio Vico en la película BOY, en la que intervino
con Luis Peña (Producción «Cifesa»)



Todo el arte de Vico, reflejado en esta escena de LA GITANA,
con Pilar Soler (Producción «Cifesa»)



Con Mary Santamaría, en una escena de su gran creación
EL DIFUNTO ES UN VIVO (Producción «Cifesa»)

Vico en PATRICIO MIRO A UNA ESTRELLA.

(Producción «Atlántic Films»)



La comicidad de Antonio Vico en la sensacional producción EL DIFUNTO ES UN VIVO.

(Producción «Cineca»)

ANTONIO VICO

21

—Ninguna.

—¿Cómo?

—Estoy «parado».

—Ya ve... ¿Y de esa media de 16.000 pesetas que el negocio de aquí está produciendo, ¿no le toca nada?

—No tanto...

—Bueno, pongamos 15.000. Y a lo mío. ¿En qué fecha rompió usted sus primeras armas en el Cine?

—¡Quién se acuerda! Echo usted los años que se le van gan a la pluma.

—¿Doce?

—Más.

—¿Veinte?

—Por ahí... No fueron tantos.

—¿Y el rol se titulaba?

—«El doctor Rojov».

—¿Muda?

—Claro.

—¿Con quién?

—Con Caralt, que hacía de doctor. Pero cierto que la otra noche vino al cuarto y recordamos la película. ¡Nos reímos más!...

—¿Por qué?

—Porque fué un desastre toda ella.

—Vamos... Al quien se salvaría.

—¡Nadie! ¡Nadie! Le aseguro a usted que hubo una unanimidad tan absoluta que estábamos verdaderamente sorprendidos.

—Sí, comprendo; se pusieron ustedes de acuerdo.

—Y llegamos a esa conclusión.

Vico, evocando la cinta, deja de hablar para reír.

Luego añade, sin dejar de reír:

—Caralt estaba imponente en el doctor. Yo... yo no sé qué hacía, pero es indudable que le acompañé muy dignamente.

Se detiene un momento recordando.

—Nada, que no me acuerdo del papel. ¡Si hace tantos años!...

—Y en el cine sonoro, ¿cuál fué la primera?

—«Patricio mira una estrella».

—Buen debut.

—Sí, no estuvo mal. La crítica se portó muy bien conmigo. Llevaba miedo, sin embargo.

—Es muy natural.

—Pero vencí. Me encontré a mí mismo. El hecho de hablar allanó en mí dificultades y tropiezos.

—Es curioso.

—En «El doctor Rojo», faltándome el medio de expresión, me faltaba el elemento principal. La palabra ayuda al gesto y éste es consecuencia de la frase.

—Muy bien observado.

—Siendo así, en toda mi carrera de actor de la pantalla puedo decir que me he desenvuelto libremente.

—Entonces, ¿la cámara no le ha producido ninguna violencia?

—No sé lo que es eso. Es más, no comprendo cómo puede existir ningún actor que no acierte a hablar ante la cámara.

—Y los hay. Las casas dedicadas al doblaje y la sincronización saben algo de esto. En ellas precisamente, por ese

defecto de que hablamos, hay que sonorizar algunos papeles de «extras» que no saben hablar.

—Esos no serán actores nunca.

—Lo mismo creo yo.

—Y deben abandonar la profesión.

—Perfectamente.

—¡Ah, se me olvidaba! ¡Tengo una memoria!...

Me creí en el deber de interrumpirlo.

—Un actor debe contar con la memoria.

—No, si memoria para estudiar los papeles sí que tengo.

Es para recordar películas y obras. Decía que no fue en una, sino dos las películas mudas que he representado.

—¿Y esa otra?

—Fue «El Padre Juanico».

—¿Gustó?

—Más que «El doctor Rojo». Pero vuelvo a lo que antes le exponía. Con haber gustado «El Padre Juanico» más que la primera, el hecho de no hablar coartaba mis facultades grandemente.

—Y pasando por alto esa película, que, a mi entender, cuenta muy poco en sus actuaciones del Cinema, ¿en qué cinta se empezó usted a dar a conocer?

—«Currito de la Cruz».

—Lo mismo iba a decir; pero esperaba que usted lo confirmase.

—«Currito» señala mi paso firme y decisivo en la pantalla. Aquel torerillo me iba a la medida. Ya le contaré, cuando acabemos, algo muy curioso.

—¿Relacionado con «Currito»?

—Al margen de él.

—¿Anécdota?

—Anécdota.

—No se le olvide.

—No. Pues «Currito» fué—permítame—mi revolución. Entonces yo era joven; estaba en esa edad que el personaje creado por Luján veníame que ni pintado. Y me gustaba. De entonces acá ha variado un poco mi opinión, pero, no obstante, en aquel tiempo pensaba de ese modo. Con la afición que estudió mi personaje no quiero decirle.

—Así salió de bien.

—Aprendí a torear y a distinguir los lances de muleta. Currito y yo, siendo de profesiones tan distintas, nos unían principios semejantes. Hambre de torear tenía él, y de representar había en mí; a él no le conocían las Empresas; a mí, en otro tiempo, los empresarios me ignoraban; a él le faltaban las contratas; yo rabiaba también por encontrar contratos que firmar. ¿Se da usted cuenta?

—¿Cómo no?

—Me identifiqué tanto con Currito que me llegué a creer que era yo mismo. Y cuando me vi con guayabera, con el pañuelo enlazado a la garganta y la gorilla ladeada, no quiera usted saber... Que no me hablasen de otra cosa. Hoy, a pesar del tiempo que ha pasado, no puedo olvidarlo. Aquel Currito es el primer jalón puesto a mi vida de actor en el Cinema. A veces, cuando estoy a solas, le recuerdo y hasta hablo con él. «Tú me hiciste—digo—. Por ti soy algo en ese arte que tiene tantos devotos y devotas. Y ya ves, eras un torerillo nada más.»

—Pero un torerillo con su psicología y su complejo. Cada personaje tiene su alma. Currito la tenía.

Vico enmudece unos instantes. Por su imaginación pasa Currito de la Cruz con su hatillo de torerillo pueblerino hambriento de gloria y de caudales, lleno de juventud que un toro pueda cortar de un hachazo en un pueblo perdido de Castilla sin alcanzar la gloria que esperaba.

—¿Y después—pregunto—qué películas en orden a sus preferencias naturales ha hecho con más gusto?

—«Su hermano y él» y «Fortunato». ¿Las recuerda?

—Sí. Son tan recientes. En las dos está usted muy bien. Ahora, que yo recuerdo también otra que es... ¿cómo decir?, un exponente de sus facultades... de su diversidad de facultades.

Vico sigue perdiendo la memoria.

—¿Cuál?

—«El difunto es un vivo».

—¡Ah, sí! Tenía tipos muy graciosos.

—Graciosos por usted.

—No, no; yo puse la mitad.

—Cierto. Y es que en usted hay un galán cómico abortado.

—¿Eh?

—Sí, Vico, créalo. Seguramente no es la primera vez que oye usted esto.

—En efecto, ya me lo han dicho alguna vez.

—Lo suponía. Un galán como en España no le había. ¡Pero si usted empezó a darse a conocer haciendo esos galanes!...

—Sí, señor.

—Pero no como el «Lucio» de «El genio alegre», no, que yo no discuto que está bien, y está logrado en la pe-

lícula. Galanes finos, de trac. En una palabra, galanes de alta comedia. En esos su vis cómico ha llegado a alturas que son inaccesibles, como en España no se ha conocido, o yo no recuerdo de ninguno.

Antonio Vico asiente, recordando sus triunfos en esta modalidad abandonada de su arte de actor, en que, como digo, nadie le aventaja.

—Ya estoy viejo—dice.

—Otra equivocación. ¿Qué va usted a estar viejo para eso! Bien pintado, podía usted sostenerse en ese plano muchos años. ¡Con los audaces que hay por esos escenarios haciendo tipos jóvenes y son de mi edad!...

—Efectivamente—exclama—, hay cada valiente por ahí...

—Y usted, sin mostrarse valiente, debió seguir ese camino.

Hay algo en él de violento, de violencia espiritual, que recojo.

—Cuidado, Vico...

—No, si no me ofende...

—Claro está que no. Yo no he hecho otra cosa que señalar una laceta importantísima de su capacidad de comediante. Una sola. ¿Quien duda que en las otras brilla usted lo mismo? Si no fuera así, actor al agua.

¿Cuánto tiempo llevamos hablando? No lo sé. Afortunadamente nadie, ni siquiera el colombiano, ha venido a interrumpir nuestra conversación con el anuncio de la cena. Vico sigue vestido igual, de albornoz. Como si hubiera salido de la cama, el cuarto del teatro es una prolongación de su cuarto en el Regina. La única diferencia es la pintura,

que el actor, por una comodidad muy razonable, conserva sin quitarse.

Y le disparo otra pregunta.

—¿Qué papeles le gusta representar con preferencia?

—Los más bonitos.

La respuesta ha sido tan rápida como el disparo dirigido.

—¿Y con qué artista de ellas trabaja más a gusto?

—Con todas.

No ha titubeado. Con todas. Quede así.

—Sin excepción—remacha, para que vaya bien soldada la respuesta.

Sin embargo, tengo la evidencia de que Vico, como los demás—como ellas—harán sus distinciones. No quiero insistir, y me resigno. Existe en todos—artistas o no—algo tan íntimo y cerrado a la curiosidad ajena que no puede romperse. Yo lo respeto en él, como espero que en ocasiones parecidas se respete en mí.

—¿Cómo ve usted el porvenir del Cine español?

—Bien. Cada día se logran películas mejores.

—¿Cada día?

—Quiero decir que se adelanta.

—Ya.

—Y si una película no costase tanto, se llegaría más lejos en la calidad de las películas.

—Yo soy de opinión precisamente que habría que sacrificar la cantidad a la calidad, que ha mentado usted. A mí no me importa que una película se aproxime al millón de pesetas, que dicen que ahora cuestan. Lo que me importa es que se pueda ver. Y a mí entender, se está produciendo demasiado. Pero es el caso que ver una película

española me cuesta ocho pesetas, porque me cuesta como a todos el Cine y... vamos, Vico, ocho pesetas....

—Tiene usted razón.

—Gracias, y a otra cosa. Referente a guiones, ¿qué opinión tiene usted?

—Más claramente.

—Con sinceridad. ¿Encuentra usted más fácil, usted como actor, representar guiones de películas sacados de comedias o guiones escritos directamente para el Cine?

Antonio Vico calla. No se atreve a opinar. En este asunto, opinar para él es indisponerse.

—No se asuste. Ningún autor de esas comedias que pueda usted filmar le tomará en cuenta lo que diga. Tiene usted la suficiente autoridad para hablar claro.

Esto le convence y se decide.

—Sinceramente, como actor, no encuentro, no he encontrado, hablando con propiedad, dificultades representando papeles sacados de comedias o llevados directamente a la pantalla. Ahora, que mi opinión particular...

—Por ahí...

—... es que los guiones deben hacerse exclusivamente para el Cine.

—De acuerdo por completo.

—Creo que si el autor de una comedia hace de ella un guión ha de resentirse la película de un vicio teatral, y, por consecuencia, la película no puede estar bien; y aun en el caso que no sea el autor el guionista, por muy ducho que fuese quien hiciera el guión, apuntaría siempre este defecto.

—Muy bien. ¿De modo?

—De modo que la película debe y tiene que ser siem-

pre película: en su concepción, en sus escenas, en su desarrollo y su diálogo. Si los autores teatrales saben también ser guionistas, que hagan guiones originales para el Cine; nunca de sus comedias; eso no. Y si no saben ser guionistas, que se queden haciendo sus comedias, y eso irá ganando el Cine y el Teatro.

—De acuerdo nuevamente. Yo creo que el Cine adolece —el Cine español— de este defecto capital. No hay guionistas porque unos cuantos autores, conchibados con otros tantos productores, han hecho coto cerrado de en este aspecto la realización de las películas. Me abstengo de dar títulos porque no quiero herir la susceptibilidad de ningún compañero amigo mío.

—Es lo mejor.

—Pero que hay que cambiar de procedimiento, es indudable.

Más allá de la puerta suena la voz del colombiano.

—Don Antonio.

—Pase—dice el actor.

La pequeña figura del criado ha aparecido ante nosotros.

—¿Quiere usted cenar?

—Bueno. ¿Hay carne?

—Sí, señor.

Yo meto mi bazuca en el diálogo.

—¿Es usted carnívoro?

—¡Claro! ¡A ver! Hay una cosa—añade, refiriéndose a las cuestiones gastronómicas—con las que nunca he transigido.

—¿Y es?

—El vegetarianismo.

—Ni yo. Es más; para mí, los vegetarianos son unos tramposos.

—¿Por qué?

—Porque comen carne a escondidas. ¿No lo cree usted?

—Seguramente. A mí me quita usted la carne y me ha matado. Las espinacas, las acelgas, las coles, todo eso no me va. ¡Carne! ¡Carne!

—¡Figúrese usted—abundo en el tema—a un hombre del norte padeciendo aquel clima frío y húmedo, sosteniéndose de acelgas y espinacas!

—¡Qué horror!

—En ocho días liquidado.

Me ofrece un cigarrillo. Hay una pausa, que llenamos en encender, y me levanto.

—No se vaya usted.

—No, que usted ya va a cenar.

—Eso qué importa.

—Es decir, voy a hacerle memoria de otra película, ya que usted no la hace, y que ha sido una de sus mejores creaciones. Y me voy.

—No sé...

—«El malvado Carabel».

—¡Ah, sí!

—¿Se acuerda usted? También la publicamos nosotros.

—¿No me he de acordar? Por cierto que era un tipo que me interesó desde un principio en el guión.

—Como que es un tipo de los suyos. Muy complejo.

—Sí, con muchas cosas. Y como no conocía la novela, la compré.

—Estupenda.

—Una delicia. Aquello es humorismo.

—De lo bueno.

—Pero si «Carabel» estaba hecho.

—La difícil facilidad.

—No, sin vanidad, sin modestia falsa y mentirosa. «Carabel», por la misma ingenuidad del personaje, tan bien visto y acabado, me fué sencillo comprenderle. Le tomé un cariño... Ya ve, me gustaba porque le ocurrían muchas cosas, muchas peripecias. ¡Pobre «Carabel»! Tan desgraciado...

—Se nos olvidaba.

—Qué ingratitud, ¿verdad?

—En serio, no hay derecho.

Tendíale la mano, iba a salir, cuando de súbito cerré la puerta y me encaré con el actor.

—Pero qué memoria tiene usted...

—Yo...

—Sí, usted.

—No sé a qué se refiere.

—A la anécdota.

—¡Ah!

—Usted no prescinde de la carne ni de la anécdota yo.

Vico se ha sonrojado. Adviértelo bajo el rojo inclusive de la pintura que le cubre. Ahora presenta un gesto de chico cogido en un pecado, y me trae el recuerdo del Antoñito de otros tiempos, un poco corto y vergonzoso.

—En realidad no tiene interés.

—Porque usted quiere. Ande, no se haga rogar. Venga la anécdota y me voy.

Se resiste.

- ¿Es de ahora?
- ¡Cá! De cuando «Currito de la Cruz».
- ¿Hay por enmedio una mujer?
- Sí, señor.
- Ya va saliendo. Cuente usted.
- Yo creo que aquella mujer estaba loca.
- Fué durante la filmación de la película?
- No, después. Era una francesa.
- ¡Atiza! Una francesa enamorada de «Currito».
- Eso, eso. ¿Pero usted lo sabía?
- ¡Yo qué voy a saber! Al grano, amigo Antonio.
- Verá. Usted sabe el éxito que tuvo la película en Madrid.
- Rotundo.
- No se habló de otra cosa en muchos días.
- Como aquí.
- Que si Currito por aquí, que si Currito por allá. Allí donde yo iba armaba un escándalo la gente. Las mujeres volvíanse a mirarme, los chicos me seguían... Yo estaba acharado, puede usted creerlo.
- Y entonces, con lo vergonzoso que era usted...
- Yo me reunía por las tardes con unos amigos en un café de la Carrera. Cerca de nosotros había también otra reunión de amigos también, pero que formaba rancho aparte, y en esa reunión una francesa que había llegado de París recientemente.
- ¿Joven?
- Sí. Tendría veinte años... veintidós...
- Bonita edad.
- Como ella, que era muy bonita.

- Pues va poniendo su interés.
- Bien. No sé quién sería, no lo recuerdo en este instante, que la hizo creer que yo era un torero de verdad, un torerillo que empezaba, y que para darme a conocer y habiendo encontrado un protector, me había prestado buenamente a hacer «Currito de la Cruz».
- Reclamo.
- Y que ése era mi nombre de cartel.
- Un poco ingenioso.
- Ya verá, verá... Le dijeron también que no tenía un cuarto y que vivía gracias a la atención de unos amigos que me habían visto torrear y, entusiasmado, me ayudaban hasta que me diese a conocer.
- ¿Y la francesa?
- La francesa, así que llegaba al café, no sé cómo hacía, que estando sentada en cualquier sitio de su mesa, terminaba por encontrarse al lado mío.
- La farsa no está mal.
- Así las cosas, un día recibí un riquísimo capote de paseo.
- De la francesa, ¿no?
- Tal vez; pero el generoso donante quería guardar el incógnito, yo no podía...
- Claro, claro. ¿Y no hubo presentación?
- Ninguna, por entonces.
- Pasado algún tiempo, me encontré con el regalo de una montera y un estoque.
- Caramba, no está mal.
- En fin, más tarde, para no cansarle a usted, me mandó un traje de luces color malva con aplicaciones de pro

como pocos toreros principiantes habrán soñado igual. E inmediatamente todas las semanas, los miércoles por cierto, un sobre conteniendo cien pesetas: ¡Y yo no podía decir una palabra!

—No, señor, sino guardarse los chismes de torcar y las «leandras». ¡Mira si hubiera sido verdad lo de «Currito de la Cruz»!...

—Ésa fué la lástima...

—¿Por qué?

—Porque una tarde, saliendo del café, la francesa y yo coincidimos en la puerta. Ella sonrió, ya la saludé y echamos juntos a andar hacia la calle de Sevilla.

—¿Y empezó el idilio?

—¿Eh?

—No habíamos andado cuatro pasos, cuando al llegar a la calle de Arlaban, un amigo de ambos...

—¿De los dos?

—A ella la conocía de Marsella.

—¿Qué casualidad!

—Saludos... Como a mí también hacía algún tiempo que ya no me veía, me dió un abrazo y exclamó, mirando a la muchacha: «—¿Pero tú conocías a Antonio Vico?»

—¡La hecatombe!

—¡Antonio!—contestó ella mirándome a su vez con una indignación que no olvidaré en todos los días de mi vida—. ¿Así usted no es «Currito de la Cruz»? Le confieso a usted que debía sudar tinta, amigo mío.

—¿Y qué más?

—¿Qué más desea? Si ahí está todo. No he visto des-

ilusión mayor de una mujer. Volvió a mirarme, dijo no sé qué en un francés plebeyo, y no la he visto más.

Hicimos un silencio. El evocando a la francesa, que estaba a tiro y no cayó, y yo pensando en la muchacha y su fracaso, tan doloroso, tan cruel...

Un apretón de manos.

—Adiós Vico; muchas gracias.

—Adiós. El 30 nos marchamos. Venga por aquí.

Y salí... Salí sin olvidar a la francesa, que aun pensará en Currito de la Cruz.

FIN

CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

(El primero en su género y el que todos imitan)

PRECIO: 2,50 PTAS.

PRIMER NÚMERO:

La primerísima estrella

CONCHITA PIQUER

en los grandes éxitos del genial poeta

RAFAEL DE LEÓN

y del inspirado maestro

QUIROGA

TATUAJE - LA LIRIO - LA CARAMBA - ALMUDENA
DIME QUE ME QUIERES - EUGENIA DE MONTIJO
NO ME LLAMES DOLORES - LA NIÑA DE LA ESTA-
CIÓN - EL CARÑO QUE TE TENGO - ME DA MIEDO
DE LA LUNA - COPLAS DEL ESPARTERO - SEVI-
LLANAS DEL ESPARTERO - SIEMPRE SEVILLA
MALDITO SEA - CAMALEÓN - ZAPATITOS DE CHA-
ROL - PRIMO MIO DE MI ALMA - ETC., ETC.

Pronto... Pronto:

La aplaudisima estrella

MARUJA TOMAS

en sus mas recientes y
admirables creaciones.

PIDA SU EJEMPLAR ANTES DE QUE SE AGOTE

PEDIDOS A Sociedad General Española de Librería
Barbará, 14-16 - BARCELONA

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas. tomo

El bailarín pirata	La mujer sin alma
Margarita Gautier	El dominó verde
Ritmo loco	Damas del teatro
Síguenos la flota	El detective y su compañera
Mamá so casa	Señorita en desgracia
Las dos niñas de París	Los defensores del crimen
Maria Estuardo	Una aventura de la Pompadour
Melodía de Broadway 1938	La última avanzada
Los dos pilletes	El poder invisible
Apuesta de amor	Melodía rota
La vuelta de Arsénio Lupin	Titones del mar
Héctor Fieramosca	Las vacaciones del juez Harvey
¿Es mi hijo?	Cupido sin memoria
Bajo el manto de la noche	Maria Ilena
El mundo a sus pies	Posada Jamaica
Forja de hombres	El caso Vore
Sepultada en vida	Pygmalion
Una pareja invisible	La quimera de Hollywood

Alarma en el expreso

PEQUEÑOS A
EDITORIAL «ALAS» - Apartado 707. BARCELONA